

CÁCERES La muralla interior

TEXTO Y FOTOS: Rafael Chirbes



El viajero mira el viejo Cáceres desde las cercanías de la plaza de toros y aún puede descubrir, por encima de las nuevas edificaciones, el perfil de la ciudad intramuros: la fábrica jesuítica de la iglesia de San Francisco Javier, con sus dos capuchones, la torre de las cigüeñas, la de la iglesia de San Mateo, el palacio de los Golfines de arriba. A la izquierda, separada del cresterío de granito de las torres de templos y casas nobiliarias, y envuelta por el caserío encalado, se levanta la iglesia de Santiago. El viejo Cáceres da, desde ese lugar, la sensación de ser un decorado muy frágil, casi como la quilla incli-

nada de un barco que estuviera a punto de hundirse en el mar de las construcciones recientes.

Desde la Rivera del Marco, en cambio, la imagen de la ciudad es más diáfana. Las antiguas construcciones se escalonan por encima de los restos de la vieja muralla almohade, aumentando la presencia del granito en los edificios a medida que asciende la topografía de la colina que las soporta; en las orillas del regato, el paisaje (en cualquier otro lugar de las cercanías desolado en estos primeros días del verano) se humaniza con la presencia de algunas modestas huertas que mantienen un resto del verdor que cubrió la comarca duran-



El viejo Cáceres da la sensación de ser un decorado muy frágil, como la quilla inclinada de un barco a punto de hundirse en el mar de las construcciones recientes.



La uniformidad arquitectónica de la ciudad intramuros sólo se rompe en pequeños detalles de color o con la airosa gracia de algún elemento decorativo.

te la primavera, y que, ahora, ya entrado el verano, ha sido sustituido por ásperos tonos canos que, durante el día, ciegan la vista y, por las noches, fosforescen bajo la luz de la luna.

Las modestas huertas de las orillas de la Rivera del Marco y los paños de muro de tierra batida, y las torres de un delicado color entre amarillo y anaranjado, le traen al viajero ciertos recuerdos del Darro granadino y la melancolía de la lejana Marrakech, cuyas interminables murallas fueron también obra almohade y guardan un indudable parentesco con las cacereñas. Hay un paréntesis apacible en este lugar; o mejor sería decir una tregua. Una sensación del mismo tipo invadirá al viajero

hicieron de la Castris romana, que no quiere decir más que fortaleza. Y eso, precisamente -una dura fortaleza de granito cristalizada a través del tiempo-, es la ciudad que se cobija detrás de la muralla. Allí, hasta las arquitecturas civiles -las mansiones y palacios-, o religiosas -iglesias, capillas y conventos-, están pensadas como baluartes defensivos: inmensos muros de granito, apenas rotos por pequeñas ventanas, matacanes, almenas, adarves, troneras. Pasear por las calles de Cáceres -que tan frágil ha podido llegar a parecerle al viajero que la miró desde las cercanías de la plaza de toros- produce una sensación de dureza que amedrenta tanto como admira. La ciudad tiene algo de galápagos;



cuando entre en la ciudad y descubra el magnífico aljibe situado en los sótanos del palacio de las Veletas, con sus arcos de herradura, y que recuerda ese pasado almohade de Cáceres. El viajero se dejará llevar por la razonable admiración que siempre provocan en él las obras civiles bien hechas y bellas, despojadas de símbolos trascendentes, puesto que no tienen otro fin que el del servicio a la comunidad.

El aljibe marca otra tregua en la arquitectura de esta ciudad, que incluso en sus más inocuas construcciones manifiesta una voluntad de defensa o ataque. Al fin y al cabo, el topónimo Cáceres procedería de la traducción que los musulmanes

de duro caparazón cristalino bajo el que se guarda una piel rugosa.

Casi un centenar de palacios, torres y edificios religiosos ocupan por completo el espacio intramuros cacereño, sin dejar prácticamente ningún hueco para las viviendas, ya no populares, sino ni siquiera burguesas. El conjunto todo posee una uniformidad de aristocracia bélica que al viajero le hace pensar en la que ofrece Cádiz, también ella ciudad uniforme; claro está que, al contrario que Cáceres, la uniformidad gaditana destila por los cuatro costados su origen burgués, y sólo muestra voluntad de razonable riqueza en el conjunto de sus patios y almacenes. En Cádiz, las torres que poseen algunas de esas casas burguesas les

servían a los armadores para avistar los barcos que llegaban cargados de mercancías. Miraban el horizonte con esperanza y no con temor.

En el viejo Cáceres del interior de la muralla, no hay huellas de otra población que no sea la nobleza, si exceptuamos las construcciones religiosas o los puntuales signos impresos por la monarquía; pero no deja, por eso, de ser una ciudad piramidal, en la que las curvas del nivel del terreno se corresponden casi milimétricamente con el poder real de las familias de quienes construyeron sus casas sobre ellas. Cuanto más en lo alto de la colina se tenía la mansión, más raigambre. De hecho, una de las

dan cuenta de una desconfianza también a cuanto ocurría en el interior del recinto. Cada casa está construida como una fortaleza frente al vecino, que es, al mismo tiempo, enemigo. Caparazón de quelonio. Testudo arquitectónica.

Por lo que se refiere a la relación que Cáceres ha mantenido con su entorno, no hay que olvidar que la ciudad fue históricamente un campamento en los límites de la Lusitania romana, y, siglos más tarde, una fortaleza en medio de las tierras de nadie que separaban los reinos cristianos de los musulmanes (el viajero y geógrafo El Idrissi la cita como plaza fuerte levantada para destruir a los cristianos). Después,

La arquitectura de la ciudad se escalona según la jerarquía social, ocupando los niveles más altos aquellos que ostentaron mayor poder.



pocas construcciones intramuros que se añadió al conjunto ya en la Edad Moderna, fue el enorme edificio que, en los siglos XVII y XVIII, levantaron los jesuitas cerca de la cumbre de la colina, abriéndose un hueco en el espacio del más alto poder urbano como escenificación del que ellos mismos poseían por entonces.

En la vieja Cáceres, el empedrado de plazas y callejones se prolonga en los muros que las bordean, en las torres y espadañas. Y, en torno a ella, la muralla, con una acumulación de construcciones y con aprovechamiento de materiales romanos, musulmanes, medievales y barrocos, habla de una ciudad que miraba con desconfianza hacia fuera, al tiempo que los propios edificios

cumplió el papel de testigo de la secular desconfianza entre España y Portugal.

Intramuros, el aspecto de la arquitectura civil cacerense se corresponde fielmente con la ferocidad de quienes habitaron esas viviendas y palacios: una nobleza primero de las armas, y más tarde propietaria de los grandes pastos de las extremaduras, una clase tan orgullosa como, consecuentemente, agresiva y finalmente aislada de los caminos de la gran historia. Los Ovando, Mayoralgos, Solís, Ribera, Godoy, Galarza y Plata, se enfrentaban en el siglo XV con sus vecinos, los Ulloas y Carvajales, en una reproducción hispánica de las luchas entre güelfos y gibelinos de Florencia, entre capuletos y montescos de Verona. Isa-

bel la Católica, para evitar que esas familias nobles le plantaran cara a la corona, mandó desmochar las torres de las mansiones señoriales, con la excepción de las de algunos de sus amigos.

En la mayoría de los edificios que construyó esa altiva clase, apenas si aparece algún rasgo que hable del gusto por la vida, algún toque sensual, algún ornamento inútil que revele cierta inclinación por la moda arquitectónica de su tiempo, o una vanidad que estuviera al margen del puro ejercicio del poder a través de las armas. En un primer acercamiento a la ciudad, el viajero tiene la impresión de que, al margen del casi imperceptible trazado lineal de los delicados alfiles góticos que

enmarcan muchos de los portales, es el escudo familiar el único detalle que rompe la imperturbabilidad de las fachadas: el águila de los Sande, el sol de los Solís, el casco emplumado y el escudo barrado en la esquina de la casa solar de los Ulloa, el que muestra siete estrellas en la de los Sánchez Paredes, o un árbol en la de los Pereros.

Cáceres necesita de una lectura más atenta y reposada para que el viajero empiece a descubrir aquí y allá una colección de tímidos elementos vegetales o arquitectónicos que la reblandecen; que hacen que quien la visita pueda imaginar que hay en ella un secreto latido de armonía que el

pudor de sus habitantes ha ocultado, o disimulado. El penacho de una palmera en el interior de un patio, la ola de una buganvilla que remonta un muro y pone un estallido de color fucsia sobre la piedra de una calleja, la hiedra que invade y cubre de verde oscuro los materiales de la Torre de Sande son algunos de estos motivos vegetales que hablan de cierta escondida elegancia. La ventana geminada de la fachada de la casa mudéjar, las volutas que adornan el ventanuco del Hospital de los Caballeros, los góticos arcos trilobulados de la casa de Paredes-Saavedra, o del palacio de Mayoralgo; la delicada composición de la fachada renacentista del Pala-

obra del palacio de los Golfines de Abajo, o del delicado trabajo en piedra del balcón en esquina de la casa de Godoy: obras estas dos últimas que nos remiten a la Salamanca plateresca, y nos hablan no sólo del oro de América como incentivo de la economía, sino también de una forma más refinada y culta de derrochar los excedentes, o de entender la vida, que viene a querer decir lo mismo, y en la que había que incluir la elegancia y alegría del retablo policromo de la iglesia de Santiago, que parece destinado, precisamente por eso, por su ligereza cortesana, para otra ciudad razonable que no llegó a cuajar.



Extramuros habita otra ciudad más comercial y bullanguera, modesta y artesanal, en la que se aprecia el agradable trasiego de una próspera capital de provincia.

cio de Ovando son, por su parte, tímidos ejemplos de una delicadeza arquitectónica que casi pasa desapercibida en la disciplinada severidad del conjunto monumental.

Hay, sobre todo, algunas excepciones entre los edificios de la ciudad que parecen hablar de otro momento, de un nuevo carácter que se extendería justo en el instante en el que el desarrollo intramuros ya había cumplido su ciclo: podríamos hablar del elegante patio renacentista de la casa de los Pereros; de las gárgolas de la casa del Mono, así llamada porque en el pasamanos de piedra de la escalera de su patio aparece un curioso simio encajado; de los grutescos que culminan la

Esa ciudad razonable e industriosa que no pudo ser tiene que ver con la que creció al pie de la muralla, de puertas afuera: con la plaza Mayor, edificada sobre gratiosos soportales, tradicional centro de reunión del pueblo, que ha celebrado en ella sus fiestas y mercados; con la que se abre entre la Puerta del Cristo y la Rivera, en los alrededores de la judería, cuyo callejero habla de viejos oficios: Tenerías, Zapatería, Caleros, Canterías, y que incluye -cómo no- una Ribera de Curtidores. Este razonable y útil Cáceres de abajo se distingue a simple vista del de arriba por la modestia de sus edificaciones, que presentan fachadas encaladas en vez de piedra seca. El Cáceres de abajo es de color



En el conjunto pétreo de la vieja ciudad fortaleza, el viajero puede ir descubriendo detalles que diferencian y matizan, sellos que distinguen y grietas por donde se cuele la vida.

blanco y muestra una estimulante vitalidad, que contrasta con el silencio que reina en el espacio intramuros, sólo roto durante los meses de verano, cuando han desaparecido los estudiantes por la presencia de algunos grupos de turistas que lo recorren fascinados por el milagro que supone la conservación impecable de un espacio medieval.

El Cáceres de abajo posee, en sus calles comerciales, un ritmo de hervidero. La gente pasea bajo los soportales de la Plaza Mayor y abarrota las calles comerciales -San Pedro, Pintores-, que aún huelen a trochos a pimentón de la Vera y también a quesos de la cercana localidad del Casar, y a jamones y chacinas de Montánchez. Sigue

tad de formar parte de la arquitectura del fin de siglo.

A la caída de la tarde, se doran las piedras del viejo Cáceres, que ha merecido el título de Patrimonio de la Humanidad y, desde la distancia del santuario de la Virgen de la Montaña, parecen flotar por encima de la ciudad blanca y desordenada que ha surgido a sus pies en el último siglo. Cuando cae la noche, la ciudad monumental parece más acogedora, como si la luz levemente anaranjada de los discretos faroles sólo resaltara la excepción: la tímida moldura renacentista, el almohadillado del portalón palaciego que un arquitecto culto dibujó a la manera en que Serlio los dibujaba en su tratado de



atravieso Cáceres a los vecinos de las cercanas poblaciones, que van de médicos o de compras y que resuelven en la ciudad sus trámites burocráticos; un ajeteo entrañable que le confiere discreto encanto de capital de provincia y que entretiene al viajero cuando se fatiga del peso y sequedad de la historia. Se prolonga la animación cacerña en el Parque de Calvo Sotelo y en toda la zona del ensanche que tanto ha crecido en los últimos años y que sigue haciéndolo, con avenidas, como la de Hernán Cortés y la de Isabel de Moctezuma, que parecen corresponder ya a otro modelo de ciudad donde se levanta el moderno Auditorio y también han nacido algunos edificios de viviendas que muestran la volun-

arquitectura, los angelitos de piedra que sostienen un escudo. Además, a rifagas, el aire cálido trae notas de música contemporánea que proceden de un viejo patio convertido en bar. El viajero aprovecha esa hora para dar un último paseo, cuando los turistas hace ya rato que se han marchado con destino a Mérida, o se recogen en la habitación del hotel. En la ciudad vieja, hay grupos de jóvenes que fuman, beben, ríen o susurran a la sombra de las fortalezas levantadas por una clase repleta de orgullo y de furia, de la que el viajero de hoy sólo valora en sus desvanecimientos; en las treguas que impusieron sobre el muro y que encontraron su expresión en esos tímidos rasgos de arte que, por la noche, resalta la luz de un farol. ■

